

Los Duendes.

A PABLO OLIVAS PRIETO

Los niebolds de Alemania y los nissen de Suiza son de ojillos zarcos y de rostro sancocado; tal vez un poco más instruídos y afectos á la cerveza de ámbar que nuestros pequeñines duendes mexicanos, de broncea tez y pupilas de rata de granero. Pero si taimados son aquéllos, picarescos y ágiles son éstos.

En las noches ateridas de Diciembre, cuando la media luna parece una blanca paloma luminosa que del cielo trae mensajes, los duendecillos en las trojes juguetean, deslizándose por las burdas escaleras y columpiándose en los lazos de lechuguilla que atan los novillos al pesebre. ¡Son los monarcas del inexplorado mundo de lo pequeño y de la sombra incubadora de misterios inmensos!

En los rincones del machero, amontonan el rastrojo y la boñiga, y cuando el

fuego torna rojo el lugarcillo ¡cómo saltan y giran en redor de aquellas brasas! Se acuclillan y caliéntanse las manos que luego pasan por la frente rufa de los toros que mansamente cierran los ojos en vaguísima fruición. Contra el callo de una vaca ó con las crines de un muleto, límpianse los zapaticos diminutos y brillantes como las bellotas; sacúdense los pantalones bombachos, la blusita velluda como piel de recental, los bucles más negros que la noche y los sombreritos alones y con rizada pluma como de bravos mosqueteros.

Improvisan un largo trampolín y están de un salto en el tejado. Como la escarcha ha dejado su arenisco, van imprimiendo sus huellas, resbalándose y riéndose hasta llegar al borde obscuro del tejado, en donde con los piés colgando se sientan á platicar. El campo tiene un brillo fantástico, la atmósfera es de cristal y el frío va tostando los arbustos. De allí, saltando sobre los vidrios de botella que erizan las bardas blanquecinas, llegan á los corredores de la casa, y conteniendo la risa y de puntillas tocan las puertas con los artejos de sus deditos de muñeco. De las macetas de tomillo arrancan un manojo, y estregando las menudas hojas, aspiran con delicia. Empujan suavemente la entornada puerta de la cocina, y ya en el comedor, encienden la polvosa lámpara, sacan del cristalero el cajón de los cubiertos y cada uno con su

cuchillo se pone á marchar con pasos ridículamente marciales, estirando las piernas y abombando el vientre. Si la criada despierta, por acaso, de un soplo apagan el mechero y pellizcándose aguar-  
dan á que se duerma.

Dentro de los zapatos de la fámula esconden arvejones, invierten las dulceras y van regando los platos debajo de las camas. ¡Y hay que ver las piruetas de uno de ellos que colgado del garabato, dormitorio de las moscas, patalea como un cirquero! Otros se pintan bigotes con el hollín de las cazuelas ó muerden las cebollas, despanzuran los tomates, vacían el botecillo de la sal llenándole de ceniza, ó con el abanico de palma levantan azules flamas del humoso carbón que truena. Montan las tenazas en la escoba, sobreponen jarrillos, cafeteras y molinillos como flores de palo, atan la columna á la falleba de la puerta con un hilo, y cuando la moza adormilada empuja con desgano, el estrépito de los fragmentos de barro la dejan atontada, mientras los diablillos espían por la chimenea, aventándole pedazos de cal y rehiletes de pluma de gallina.

¡Y es que no quieren á las criadas que olvidan colocar sobre dos ladrillos en cruz, una rebanada de sandía ó algún bizcochito grajeado! En cambio, si la quieren, le llenan los barriles de agua, soplan el fogón, mondan las patatas, sacuden las budineras y abrillantan las ori-

nientas sartenes. En pleno día se les oye correr por las techumbres, reír en las ornillas y disputar en los rincones.

En las siestas bochornosas están dormidos debajo de los granados, como un diminuto ejército de caballeros medioevales; pero si el calor afloja un poco, todos vuelven á las casas dando palmadas á las mulas, tirándoles el sombrero á los caporales y carreros, ocultos en las ollas, tocan interiormente para reírse del espanto de los niños.

Poco á poco han ido dejando los poblados por la ingratitud de las gentes; pero todavía en Villahelada, la tierra que me vió nacer, hay algunos que juegan con los gansos, acedan los jarrones de leche y se comen los porosos quesos que atishan bajo tupidas alambreras.



## Epístola Simbólica.

A ALFONSO CRAVIOTO.

Arturo Schopenhauer dice que la conciencia es la percepción del yo; pero tal definición refiérese á la conciencia en abstracto, pues en cuanto á la mía, es un resonador vastísimo en donde la estridulación de un cínife antójase rasgadura de velamen y la estridencia de los clarines ribombar de truenos. Esta multiplicación de cuanto pasa por el campo de mi conciencia, me atormenta febrilmente, porque yo querría que las ingraticudes no me dejaran huella, y las deformidades de la conducta humana me fuesen indiferentes. ¡Que se apaguen mis espejos frente á los Cuasimodos y los habitantes de la isla del Doctor Moreau, eso quiero. ¡No sé cómo mi maldita pituitaria se fija todavía en los caballejos purulentos y en los salivazos que desde las alturas arrojan las castas gallinazas! Opto decididamente por

la dulcísima soledad á que me condena la inferioridad de mi honradez sin mácula, y en esta soledad ¡oh esposa mía! tu recuerdo me despoja de los arreos del combatiente y á mis manos sujeta los cascabeles de los niños.

Este silencio de los bosques llenos de la seguridad de su fuerza incontrastable, me cubre de pensamientos solemnes que alivian las heridas que me causara la mezquindad; y viendo la desnudez de los encinos cenicientos en perenne desarrollo tranquilo, antójase me que Hein mintió como un chiquillo, cuando vapuleando á Madame Staël aseguró que Pan había muerto.

¡No hay tal; ni como religión, ni como símbolo! Cada ramazón arroja su sombra, exenta de bondad si por acaso duerme á sus pies un peregrino, y sin malicia si por falta de calor una semina se pudre y muere. Si los árboles tuvieran que arrastrarse, serían los miriápodos más asquerosos; más asquerosos todavía que los que revenden el espíritu en la plaza de la abyección.

Deténgome á ver los corrugados troncos de unos oyameles inmensos, que recuerdan, no viéndoles la copa, los miembros de un elefante, y pienso en lo risible y despreciable que sería si uno de estos cíclopes doblara la cabeza ante el dueño de la tierra que le sustenta y olvidara por un momento su hermosura y gallardía.

Estos campos impasibles en la tormenta y en fortísima Primavera siempre, me han contagiado un poco de su serenidad, que no es de orgullo y menos aún de vanidad, sino de fé. Y créeme ¡oh esposa mía! que en mí te percibo y en tí palpito como una lengua bífida ó una horqueta que parte de una rama. Y es que tú eres primitiva como las fuerzas de la naturaleza que aquí muestran un puño en una roca, ríen en un borbollón de agua límpida y en una contracción levantan una colina. Hay tal solemnidad en esta selva, que muchas veces cuando en mis labios sangraba la blasfemia, la paz limpiábame los labios y los pumas de mis odios, clavando las uñas en los troncos y esperezándose, tumbábanse á dormir. La ausencia de rugidos hizome creer en la definitiva despoblación de la fauna carnívora. ¿Será así?

Bien hizo Pan en elegir la selva como ciudad feudal. Los frutos le llueven al pasar, el viento le acerca á la nariz el invisible pañuelo de batista empapado en el espíritu de las orquídeas que ponen su cestón de flores en las horcaduras de los árboles, y á sus oídos llegan las saluciones en trinos de los pájaros cantores. Y no te rías; si pudiera ser dios, querría ser Pan. ¿Y sabes por qué? Por la fortaleza y sinceridad de la floresta. Caen las hojas para que luzcan los brotes; la seroja se amasa con la tierra protegiendo las raíces, y á la postre de todos estos sacri-

ficios mútuos surge la presea de la flor premiando las voluntarias é indispensables abdicaciones. No hay lisonjas, ni calumnias, ni bajezas. Eso es propio de los hombres, que son los más animales de la tierra! Aquí, nó! Las gusaneras están sujetas á la vigilancia de los ayuntamientos de golondrinas y vencejos, y los tejones pardiscos se encargan de las lombrices. La vida se sucede con la naturalidad de lo eterno.

Yo te juro que habría sido feliz nacido arbusto; más aún si hubiera sido roca, y absolutamente feliz si no hubiera nacido. Bien es que —no por madrigal perfumadísimo— así no te hubiera conocido, ni habría sentido en tu amor el amor de la Naturaleza eterna.

Hoy, desprendiendo con mi martillo de excursión unos fragmentos de laja pizarrosa, asaltóme sin esfuerzo la idea pueril de que dentro de cuatrocientos mil quintillones de siglos—suponiendo tal duración en la tierra— ¡qué digo de mí! de toda esta humanidad roñosa como un rebaño y abyecta como él, no quedará ni el recuerdo de un perfume de recuerdo; habiendo sido, por consiguiente, la más estúpida tarea haber mentido y hasta haber robado por dejar un nombre más entre los millones de nombres que brillan un instante en la memoria universal, como las miriadas de corpúsculos en una tira de sol. ¿Verdad?

La cultura intensiva del terruño mollar

ha modificado notablemente la salvaje aspereza de los dominios de Pan. No así en la ciudad; á mayor esclavitud mayor bajeza, y á mayor insolencia mutismo pleno. A mí—ya te lo he confesado cien veces— me llenan de placer los vericuetos solitarios que me conducen á la montaña salvaje, en donde á pesar de la contundente afirmación del divino lírico germano, Pan no ha muerto!



---

## Almas Huérfanas.

---

Cuando toretes overos y novillos estantíos al rastrojo dirígense, Doña Josefa del Hortigón levántase á oliscar. ¡Vaya si es capaz de ponerle sinapismos á un rinoceronte y de hacer marañas el mismísimo Dédalo! ¡Qué lengua!

Cabello peinado con moco de linaza y amarrado en dos trenzas color de nuez; ojos aceitunados, tápalo negro, sayas de merino y un berbiquí por lengua, exactamente así, con acucias de rabulilla, corre por Villahelada la señora doña Josefa del Hortigón. Ya se informó de paso—pues á misa va—que cinco centavos de acemitas se comen las Martínez para tener con que adobarse las caras pañosas y cacarañadas, aunque á distancia no se note. Parece que Nicolás, el zanquituerto—Nico llamado cariñosamente—y el boticario de rostro aborachado y ojos de acelga, enamoran á María. ¡Qué sandios!

Si arrúgase de vieja como orejón de manzana. ¡Eso es terquería! Tequezquite necesita y un libro de recetas de cocina porque hacer no sabe más que atole de tapioca. ¡Que hayan quedado huérfanas muy chicas, nada quiere decir! ¡Como no tienen cabeza de tepeguaje para meterle la tarascada á Poncianito que dejó la tienda y salió Ingeniero y la tienen de duro tepepate para randa, cadeneta y punto de espina! ¡Buenas habían de ser! y sigue agujereando las honrillas . . . .

Si se dirige al santuario de Nuestro Padre Jesús de Villahelada, no es para exhalar á sus plantas oraciones abstergentes ó dejar una limosna de dos céntimos en la bacina; si va, es porque le han dicho que una de las Maya y Brunequilda, sobrina de la prestamista, con pañuelos abuñelados hacen señas al mequetrefe insulso de la tienda de los Ortiz. Y bufa y trepa la escalinata que conduce al calvario.

Montañas dentelladas envueltas en vaga neblina se antojan hornos que resuellan vapor; pinillos teosos van surgiendo de las nieblas y el nevado Xinantecatli ser simula el rescoldo de aquellos hornos gigantescos. El osudo señor cura, ginete confiadísimo en bailarín rubicán, corre que te corre, sale de Villahelada rumbo á San Mateo.

En la olmeda terregosa cuyas hojas nievan suelos y céspedes como un desplume de grises águilas, con ojos de infinita

resignación Margarita y Carmela, sobrinas del cura, miran los tempranales manzanos, la caída hojarasca que trajo la otoñada y á sombríos pensamientos obliga, y el busto en bronce oriniento de un afamado patricio. Lejos de Villahelada no podrían estar. ¿Rencor, deseo de cambio? ¡Oh, nó, nunca han sentido eso! La vida es igual en todas partes. Caminillos sembrados de dafnes, mugir y opugnación de toros, haríales falta. Más quietud antiguamente, eso sí; hoy la férrea locomotora cuando jadea, simula cernir pedriceos.

El pueblo ha cambiado. De aquellas pastorelas en casa de Pancho Azoños, con relámpagos de brea, y diablos y posadas, ni quien se acuerde. Y en espiritual retroversión recorren los familiares caminillos. ¿Rencor, deseo de cambio? Oh, nó, nunca han sentido eso! ¡Y qué no han visto! Transformaciones rápidas de hábitos y casas y pobladores y campiñas, todo!

El ojo espejado de San Pedro, líquido cristal, de tan mansa espiración que el movimiento levísimo simula impreso allí por una mariposa que habiendo caído remontó el vuelo; aguas puras como pupila de niño, está hoy sin tuyas, convertido en lagunajo y abrevadero de zahonados rucios, mulas enclenques y caballejos trasiados. La culpa de . . . . concejales villanchones, sin hebra de buen pensar. El escamudo bagro de . . . . ;Dios le tenga en su santa gloria! y el imbécil testarrón

de... ¡requiescat in pace! ¿para qué hablar? Prisionera en fuente de sillares tallados y bravamente defendiendo el depósito, gárgolas en bronce asombradas por trépidos penachos de tuyas, ó rebosando de tazón marmóreo, ¡qué aguas aquellas del ojo de San Pedro! ¡Y nada ecstaría! Que done Chicagó un ídolo; los riquillos tacaños zamarros de corderos; un potro á quien haya matado las corvetas Chema Ortiz; el cura libros místicos; el vicario eternamente sacudido por zollipos, camándulas de palo; Carmela y Margarita las miniaturas que salen de sus manos; la prestamista un poquillo de lo hurtado, y la viborezna Doña Josefa que anuncie á grito abierto—lo que hará gustosa—la benéfica almoneda. Así mi puebluco salubérrimo blasonaría gustoso de poseer bajo rumoroso umbráculo tan limpias aguas, que de ellas surgir en reflejo parecen auroras, crepúsculos y estrellas.

¡Merecían los concejales que ya duermen ad perpetuam, ser levantados con trallas y en pelo, cuando blanquea Diciembre, darles un remojón. Pero nadie se mueve! Ni Celsito que tiene cara de pillo y es honrado como Jesucristo, ni Don Mauro Palas que por ecuaciones y binomios tiene la cabeza hecha un bazar, ni el amojamado Estever, ni el pulcro Prisciliano, ni nadie! ¡La tragazón maldita! ¡De tales cosas quién se acuerda! Primero está tocarse la hojaldre con el

dedo y en hollas terrizas pletóricas de séminas, guardar envoltorios de tostones disimulados con una veintena de huevos de gallina.

Que se tornen las calles sabulosas torrenteras, se dividan á mordiscos la umbrátil alameda y la variolada testera del palacio municipal, luzca tiña y sarpullido, le importa tres boñigas al honorable ayuntamiento!

Y si fuera tanto!... pero casi nada! Limpiar un poco; bello es todo de por sí! ¡Qué calles algunas! Con glaucoterciopelo de pasto pequeñín como si entre las piedras corrido hubiera refresco de picada pimpinela; asomándose por muros y tejanes clavellinas y jazmines ofreciendo su primor, y en los ángulos de las calles grandes hornacinas con santos y poyatas que sostienen vasos con flores. Y al sol queriendo llevárselo, nítidas aguas que de la calle al medio van de prisa.

Por doquiera cerúleos cercados de poroso tezontle con mantos de calabacillas y un revolotear de golondrinas como Je marchitas hojas de higuera llevadas por el aire. Un camino sequeroso métese atrevidamente al pueblo, y como tráfuga sale allá, donde muro policromo dice por el corvo pico de un buho: nica unca, quali neutli de Villahelada (aquí hay buen pulque de Villahelada.)

Al Oriente, un cerro desmoronándose solitario; digo mal, con el cuartucho de tablas-perrera ó jaulón de falcónidas, de no



sé qué lurio zonzorrión. El camino de Montepozo, á carrera tendida va por sembrados y montes; y en la siesta soporosa ¡qué solanos vientecillos más pícaros resoplan de allí! Llegan á soazar cabezas y á enrojecer pupilas.

Aquel chaparrón eucalipto, como enorme gallo ceniciento sobre un pie, las plumas lacias y escondida la cabeza, finge dormir con honda soñarrera. Poco á poco frescas brisas empujan á otras cálidas que huyen abanicándose dulcemente, y ya de noche, vientos fríos pleiteando buscan tibieza en los rincones del Valle.

El cenizo eucalipto esponjado es justamente de casa de Doña Josefa del Hortigón. Allí estuvo la escuela del Señor Thiery, mi pobre maestro, que si no me grabó las letras, sí me tiró de los pelillos.

¡Qué obstinado recuerdo tan triste! Torrentes de luz entraban por vitrales y puertas de la escuela vetustísima. En muros carcomidos, mapas rotos, pizarrones y esferas, el polvo negrusco dejaba tintes de profunda melancolía. Fuera, trinos de gorriones. De zarcos ojos anegados en cariño, gris cabello indócilmente caído y como escuchando voces que le llamaban muy quedo, abajo de sus pies, el Señor Thiery mesuradamente recorría el salón. Francés que á nuestra patria llegó incorporado al ejército que sirvió de sostén al Emperador Maximiliano de Hapsburgo, fué de joven forjador, y según decía, nada más bello que desnudos los brazos y

con delantal de cuero crudo, mientras la forja en ansia eterna soplabá carbones, golpear hierros lívidos de rabia por dúctiles, que se coloreaban lentamente sintiéndose duros ó chillaban si gruesas gotas de sudor caían como trémulos gusanos en fugaces agonías. Ayudante de escuela fué después.

Cerraba los ojos hablando consigo mismo. ¡Nunca pude comprender lo que murmuraban los enebros! Ofreciánme acaso aromática madera para mi féretro. Y sí, volveré.

Sólo fué mordido este hombre bueno por la trífida lengua de doña Josefa del Hortigón. ¡Que sus calzones tenían churre, que por su eterna socarra Pascualito, hijo de la señora, no aprendió las letras pronto, á pesar del talentazo del mozalvete, inédito aún; que.... ¡rayos con doña Josefa!

Niño aún, me hizo llorar la tierna despedida del Sr. Thiery! Aquella emoción conservada en mi espíritu, se traduce pobremente hoy.

Carraspeando á intervalos hablaba: la escuela, mi hogar; vuestras pependencias y charlas dieron sabor á mis alimentos desaborados por angustias y destierro. Aquí he visto treinta veces neviscar. Enmudeció breves instantes.

¡Vivir! Es preciso entregarse á toda debilidad cuando se és fuerza y á toda fuerza cuando se és debilidad. Cuanto sabía, sabéis; hago lo que con sus hijos

las aves: os dejo con las alas débiles antes llenas de pluma. Lentas que nos sirvieron para conocer las maravillas cuya soldadura constituye la flor; láminas de sílex, granitos, pedernales y dibujos fingiránme, ya lejos, que no hubo cambio en mí, que con vosotros estoy aquí, en este salón á donde llegan los trinos que desparraman los pájaros. ¡Ay, tiene el corazón para separarse de algo amado, tardanzas de molusco que va dejando estela brillante! A menudo mi pensamiento volverá; penas y ausencia elevaránle á vosotros. Así por lloro de nubes, acrecentado trepa el caudal revuelto hasta las flores polvosas del borde reseco, que en tardes estivales quizás recuerden su amorosa frescura.

Hizo una pausa; el pavimento crugiente volvió á repetir sus pasos, y el sol occiduo rápidamente aceitaba sus cabellos al cruzar por las cintas de luz que inflexibles penetraban como vidrios dorados.


Prosiguió dulcemente doblgando la cabeza como si alguno de sus oyentes hubiérase colgado á su cuello: recordaré montañas, disonos rumores de las tardes, crepúsculos de cielos tristes manchados por grandes pavones de vuelos torpes: todo, todo! Nuevamente abstraído á sí mismo se hablaba: Sí, los vermiculados hechos trizas por callos de vacas, por llantas de carretones, por el destino en fin, crecen, transfórmanse y es un individuo cada fragmento.

De pronto, rompiendo la fascinación de un pensamiento, entrecortadamente agregó: Más tarde comprenderéis; debo despedirme. Sed útiles, sed buenos; recordadme. Mi patria, desgarrada por inícuca guerra, me llama. La patria, sabéis lo que es; aquella nube, este suelo, las tumbas de nuestros padres, estas lágrimas de mis ojos, estos lamentos!!.....

Con los codos en la empolvada mesa y la cabeza entre las manos, allí quedó hasta que la luna convirtió puertas y ventanas en vertederos de luz.

Recuerdo que la caterva de arrapiezos salió en silencio como en espera de azotainas que á fuerza de mansedumbre y compostura esperaba conjurar. Y hoy todavía, no sé como de aquel hombre bueno pudo hablar la trasojada Doña Josefa del Hortigón!....





## Almas Nocturnas.

---

A LUIS GONZALEZ OBREGON.

Vicentillo, con su eterno gracejar como calandria gorjeadora, andaba medrosico y con el espíritu temblón. Era garrotero del Interocéanico; trabajador como una lanzadera, terror de los espantanublados cobardones y pródigo de veras con los amigos y las mozas del barrio de las Paztoreza y de la Presa del Carmen.

Y nada! que hoy no podía quitarse el miedo vago, brumoso y gris como telaraña que envolvía su corazón.

Cuando en corro de muchachos hablan-chones, después de las adivinajas, venían las historietas sobrenaturales, Vicentillo, fornido y ágil como un toro, sentía un extraño malestar en su interior.

¡Carambola con el miedo!—se decía mentalmente.—Cuando menos me figure, la 66 (máquina de camino), me despanzurra co-

mo una breva. ¡Porque algo malo me anuncia esta preocupación!

Y el temor le abandonaba, cuando de vuelta de Veracruz, apretando los chirriantes frenos, sacudiéndose la grava del carbón de piedra y balanceando su linterna de aceite de manteca, dejaba la techumbre de los vagones de carga, que antojábanse baúles gigantescos. ¡Entonces sí que la bravura entraba á su pechazo como un águila á su nido puesto en la hoquedad de un pedrejón! Y saltando durmientes como barrotes de una escalera colosal, dirigíase á su choza de cuartones, perdida en un oscuro rincón del valle; tan obscuro, como si allí hubieran apelmazado á puñetazos la tiniebla.

¡Ni siquiera piensa en los aúllos del coyote que ronda las lejanas hacendejás; ni en los gatos que corren por las cercas recubiertas de calabacilla marchita, ni en los silbos del viento en los naranjos perfumados! Pone la linterna en una estaca, y tumbase á dormir como borracho. ¡Qué trabajo más brutal!

Si despierta, y extinta la linterna quiere fumarse un chicote de los Tuxtlas, estrégase los ojos, estira los brazos mugiendo como buey y tranquilamente busca tanteando su fosforera de celuloide, regalo de un camarada. ¡Qué miedo ni qué canastos! Unas bocanadas, unos bostezos y á dormirse de un tirón!

En la mañana olorosa, cuando la neblina se ha ido y se calientan al sol los lagar.

tos granillosos, descende Vicentillo saltando los durmientes á ver si acaso le toca una corrida, cuál es el número de la locomotora y los nombres del conductor y maquinista. De paso engúllese un tazón de café trigueño y una loma de pan grajeado. Si le toca la corrida ¡caracoles con el mi-decillo impertinente! Si nó, aquí juguetea, allá platica ó le ayuda á los amigos á enganchar vagones metiendo los pernos en los topes, aceitando las chumaceras, desempolvando los domos que parecen colmenas de hierro, ó frotando las flechas relucientes que se mueven como el brazo de un autómeta inmenso.

No presume, pero sí correctamente vestido. Zapatos bayos, pantalones de tela de cordoncillo azul y bolsas con estoperoles de cobre; blusa del mismo color anudada al frente, pañuelo de roja seda en el pescuezo, arriscado fieltro negro con sus pespuntos al borde y los anillos de plata en la derecha.

Su juventud estaba en plena granazón. ¡Vaya si era guapo! decían las muchachas de los lavaderos del camino. ¡Y valiente como nadie!

¡Y sí que lo era! Pero al subir en los vagones y al cansado atardecer. . . . ¡cachimba con el miedo impertinente! ¡De seguro la 66 me va á despanzurrar como una breva! . . .

\*  
\* \*

Jadeaba la 66. El aventador, recién barnizado; el ojo de la farola, más limpio que un brillante; los tubos de escape, rosados como una mejilla de mujer; el tanque de carbón, rebosante; 180 libras de presión y 18 carros apretados de cerdos, maquinaria y mercancías. Empezó la ascensión; subía una columna de humo como un caracol; una aspersión de chispas y carbón caía á los lados; el vapor, fugaz é intermitente silbaba, y la flecha de pulido acero se movía como el brazo de un autómatas que hiciera girar el manubrio de un cilindro. Y Vicentillo, saltando de carro á carro, regaba sus adioses á granel.

La máquina resoplaba rudamente, disminuyendo á la distancia, haciendo retemblar el campo. En la puente carcomida, junto al florecido habar, silbaba la locomotora agitando su pañuelo de humo en señal de tierna despedida. Aquí, los bosques de naranjos barnizados y las casuchas de teja; allá, los bananeros con sus plumas de quetzal, los ciénagos habitados por dolientes garzas blancas y moñudos pájaros azules.

En cada estación desciende Vicentillo, y á escape vá engullendo una papaya, un zapote domingo ó agridulces piñas rojas. El sol parece la redonda portezuela de una hornaza; requema el ardoroso am-

biente y hasta la misma locomotora parece que aceza fatigada. Kilómetros y kilómetros!

Pero eso sí! En Veracruz aguardan á Vicentillo las mojarras fritas y los pargos sancochados y encima cuatro litros de la cerveza más rubia. Y como epílogo, un chicote de los Tuxtlas de lo muy fino!

\*  
\* \*

A las cuatro de la tarde viene ya de vuelta Vicentillo. El sol avienta al sesgo sus flechazos; una brisa coquetuela pasa por los rostros sus pañuelos húmedos y la 66 parece que camina á algún bautizo. Los kilómetros se acortan, la tarde va cayendo, y cuando en vaguísima penumbra se pierden los contornos de las casas, el miedo aquél impertinente escarabajea el pechazo de Vicentillo.

¡Qué diablos me irá á pasar! Embrazada la linterna, saltando de carro á carro, escudriñaba al salir de las estaciones si no iba algún viajero de mosca, es decir gratuitamente, sentado en los topes de los vagones traqueteantes. Cuando iba la locomotora con más fuerza, al pasar de un techo á otro, Vicentillo vió á alguien sin sombrero, sentado entre los topes. Bajó la linterna, y entonces vió una cara con unos ojos extraños: de niño, de loco, de buey. Quiso hablarle y se dejó caer aquella criatura. Hizo señas con la linterna;

detúvose bruscamente el tren; bajaron todos á buscar el cadáver de aquel hombre, y sólo encontraron las huellas pequeñas de un niño recién nacido.

Desde entonces anda Vicentillo asustadizo como gacela, y con el espíritu temblón!



## El Alma de las cigarras.

A EFREN REBOLLEDO.

Helechos arboriformes, coleópteros metálicos, limbos de hojas fosilizadas, mariposas de colores varios, pavones de tinte opaco, carcajes de huicholas y copias en yeso de petroglifos antiguos, todo en relativo desorden duerme en una vitrina de mi parva biblioteca, en cuyo ambiente se respira reposo y respetuosa quietud.

Sobre la mesa, los folletos últimos que cuentan la irreverencia de los sabios egipcios, cuya implacable azada turba el reposo sacrosanto y milenarío de los faraones, Jefrenes y Sesostris; el cenicero que remeda un escarabajo de madera obscura y el tintero formado con tres conchas tornasoladas y frágiles.

A la izquierda, una cajita de oloroso cedro, en cuyo fondo tapizado de terciopelo negro se miran y simulan fascinadora conversación tres cigarras melodiosas,